

el 12 de Julio, amaneció la aurora muy brillante; la flor de los guerreros coronó las torres, y aplicáronse las escalas á los muros de Jerusalem. Los hijos bastardos de la ciudad santa se estremecieron y pasmaron¹ al verse sitiados por tan grande multitud. Mas como estaban amenazados por todos lados, y por do quiera veían la muerte pendiente sobre sus cabezas, ciertos de sucumbir, solo pensaron en vender caras sus vidas. Entre tanto se veía á Godofredo en lo alto de su torre, no como un peon, sino como un archero. El Señor dirigia su mano en el combate, y cada flecha que disparaba atravesaba de parte á parte á un enemigo. Cerca de este guerrero peleaban Balduino y Eustaquio, sus hermanos, cual dos cachorros al lado de un leon: recibían los terribles golpes de las piedras y los dardos, y los devolvían con usura al enemigo.

“Mientras que así se peleaba en los muros de la ciudad, hacíase una procesion en torno de estos mismos muros con las cruces, las reliquias y los sagrados altares.² La victoria estuvo indecisa durante una parte del dia; pero llegada la hora en que el Salvador del mundo rindió el espíritu, un guerrero llamado Letolde, que peleaba en la torre de Godofredo, saltó el primero sobre los baluartes de la ciudad: siguele Guicher, aquel Guicher que habia vencido á un leon: salta el tercero Godofredo, y todos los demás caballe-

¹ *Stupent et contremiscunt adulterini civis urbis eximia.* La expresion es bella y esacta, porque los sarracenos no solo eran, como estrangeros, *ciudadanos adúlteros*, hijos impuros de Jerusalem, sino que podían tambien llamarse *adulterini*, por causa de su madre Agar, y con relacion á la posteridad legítima de Israel por Sara.

² *Sacra altaria.* Esto parece que solo puede decirse de una ceremonia pagana; mas seguramente habia en el campo de los cristianos algunos altares portátiles.



ros se precipitan en pos de su caudillo. Dejan entonces los arcos y las flechas, y echan mano á las espadas. A su vista abandonan los enemigos la muralla y se derraman por la ciudad; los soldados de Cristo los persiguen con grande algazara.

“Oyó estos clamores el conde de San Gil, que por su lado hacia los mayores esfuerzos por aproximar sus máquinas al muro. ¿Y por qué, dice á sus soldados, permanecemos nosotros aquí? Los franceses son dueños de Jerusalem, y sus voces y sus cuchilladas resuenan ya en sus calles. Dicho esto corre hácia la puerta que está junto al castillo de Dávid, llama á los que guarnecen aquel fuerte y les intima la rendicion. Al momento que el emir reconoce al conde de San Gil, le abre la puerta, y se entrega á la buena fe de aquel venerable guerrero.

“Godofredo, empero, y los franceses querian vengar la sangre que se habia vertido en Jerusalem, y castigar á los infieles por las burlas y ultrajes que habian hecho á los peregrinos. En ninguna ocasion, en ningun combate habia parecido tan terrible, ni aun cuando peleó con el gigante¹ en el puente de Antioquia; Guicher y muchos miles de guerreros escogidos hendian á los sarracenos desde la cabeza hasta la cintura, ó los cortaban por el medio del cuerpo. Ninguno de nuestros soldados se mostraba tímido, porque nadie ya se resistia.² Los enemigos solo pensaban en huir; pero no podian hacerlo, porque precipitándose en tropel, se estorbaban unos á otros. Los pocos que pudieron escapar se encerraron en el templo de Salomon, en donde se defendieron bastante tiempo; pero cuando empe-

¹ Era este un sarraceno de estatura agigantada, á quien Godofre partió de arriba abajo de un solo tajo en el puente de Antioquia.

² La reflexion es singular.

zaba á declinar el dia, invadieron nuestros soldados el templo, y llenos de furor pasaron á cuchillo á todos los que encontraron. La carnicería fué tal, que los arroyos de la sangre arastraban hasta el pórtico los mutilados cadáveres: brazos y manos cortadas flotaban sobre aquella sangre, y corrían á unirse á unos cuerpos á que no habian pertenecido."

Al acabar de describir los sitios que celebró el Tasso, me considero feliz por haber sido el primero que ha tributado á un poeta inmortal el mismo honor que antes de mí hicieron otros á Homero y á Virgilio. Toda persona que sea sensible á la belleza, al arte, al interés de una composición poética, á la riqueza de los pormenores, á la verdad de los caracteres y á la generosidad de los sentimientos, debe hacer de la *Jerusalen libertada* su lectura favorita. Este es principalmente el poema de los soldados, porque respira valor y gloria, y como lo he dicho en los *Mártires*, parece escrito sobre un escudo en medio de los campos de batalla.

Cerca de cinco horas me detuve examinando el teatro de los combates del Tasso. Este teatro ocupa á lo mas una estension de media legua, y el poeta ha fijado con tal exactitud los diversos puntos de la accion, que basta una mirada para reconocerlos.

Cuando volvíamos á Jerusalen por el valle de Josafat, encontramos la caballería del bajá que volvía de su expedicion. No es posible figurarse el aire de triunfo y de júbilo de aquellas tropas vencedoras de los carneros, de las cabras, de los asnos y de los caballos de algunos pobres árabes del Jordan.

Este es el lugar oportuno para hablar del gobierno de Jerusalen.

En dicha ciudad existen en primer lugar:

1º Un *Mosallam* ó *Sangiachey*, comandante militar.

2º Un *Mula-Cudy*, ó ministro de la policía.

3º Un *Mufti*, jefe de los santones y de los jueces.

(Cuando este mufti es un fanático ó un malvado, como el que se hallaba en mi tiempo en Jerusalen, es la autoridad mas tiránica para los cristianos.)

4º Un *Muteleny* ó aduanero de la mezquita de Salomon.

5º Un *Susbachi* ó preboste de la ciudad.

Estos tiranos subalternos, todos, á escepcion del mufti, dependen de un primer tirano, que es el bajá de Damasco.

Yo no sé por qué razon se halla Jerusalen agregada al bajalato de Damasco, como no sea por el sistema destructor que los turcos siguen naturalmente y como por instinto; porque separada de Damasco por los montes, y mas aún por los árabes que infestan los desiertos, no siempre puede hacer llegar al bajá sus quejas contra los gobernadores que la oprimen. Seria mucho mas sencillo que dependiese del bajalato de San Juan de Acre, que se halla en sus inmediaciones; porque entonces los francos y los padres latinos se pondrian bajo la proteccion de los cónsules que residen en los puertos de Siria, y los griegos y los turcos podrian hacerse oír. Mas esto es precisamente lo que se trata de evitar, porque se quieren esclavos mudos, y no insolentes oprimidos que se atrevan á quejarse de un trato bárbaro y cruel.

Jerusalen, pues, está á merced de un gobernador casi independiente, que puede hacer sin responsabilidad todo el mal que quiera, siempre que cuente con el bajá. Es sabido que en Turquía todo superior puede delegar sus poderes en un inferior, y dichos poderes se estienen sobre la

propiedad y la vida. Por algunas bolsas se convierte un genízaro en un pequeño agá, y este agá puede, según le place, quitaros la vida ó permitir os que rescateis vuestra cabeza por dinero: es decir, que todos los pueblos de la Judea están llenos de verdugos. La única cosa de que se oye hablar en aquel país, la sola justicia de que se trata es esta: *Pagará diez, veinte, treinta bolsas; se le darán quinientos palos; se le cortará la cabeza.* Un acto de injusticia obliga á una injusticia mayor. El que roba á un paisano se ve precisado á robar á su vecino, porque para libertarse de la hipócrita integridad del bajá, es menester procurarse con un segundo crimen lo que se necesita para pagar la impunidad del primero.

Se creará tal vez que el bajá cuando recorre su gobierno ocurre al remedio de estos males, y venga á los pueblos: sépase, pues, que el mismo bajá es el mayor azote de los habitantes de Jerusalem. El pueblo teme su llegada como la de un ejército enemigo: al aproximarse se cierran las tiendas: unos se esconden en los subterráneos, otros se echan sobre una estera y se fingen moribundos, y otros huyen á los montes.

Puedo atestiguar la verdad de estos hechos, porque me encontraba en Jerusalem cuando llegó el bajá. Abdallah se halla dominado, como casi todos los musulmanes, de una avaricia sórdida: en su cualidad de jefe de la caravana de la Meca, y con achaque de tener dinero para proteger mejor á los peregrinos, se cree autorizado para multiplicar las esacciones, y no hay medio alguno que con este objeto no haya puesto en práctica. Uno de los que emplea con mas frecuencia es el de fijar un máximo muy bajo para el precio de los comestibles. El pueblo le aplaude; pero los tratantes cierran sus tiendas, y empieza la carestía. En-

tonces el bajá trata secretamente con los comerciantes, y por cierto número de bolsas les da el permiso para vender al precio que quieran. Los tenderos procuran reembolsarse el dinero que les ha sacado el bajá, y para ello suben extraordinariamente el precio de los géneros: el pueblo se ve segunda vez acechado por el hambre, y para poder vivir, tiene que vender hasta los últimos andrajos con que se cubre.

Yo he visto á este mismo Abdallah cometer una vejación mas ingeniosa todavía. Ya he dicho que habia enviado su caballería á robar á los árabes ladrones de la otra parte del Jordan. Aquellos pobres que habian pagado el miri, y que no se creian en guerra con nadie, fueron sorprendidos en medio de sus tiendas y de sus ganados: les robaron dos mil doscientas cabras y carneros, noventa y cuatro terneras, mil asnos y seis yeguas de primera raza: solo se salvaron los camellos, aunque tambien se llevaron veintiseis; pues un scheik los llamó de lejos y le siguieron: aquellos leales hijos del desierto fueron á llevar su leche á sus amos refugiados en el monte, como si hubieran adivinado que aquellos no tenian ya mas alimento.

Un europeo no podria jamás imaginar lo que hizo el bajá de este botin. Puso á cada animal un precio mas de doble de su valor: estimó cada cabra y cada carnero en veinte piastras, cada ternera en ochenta, y envió todos estos animales, así tasados, á los carniceros, á los diferentes particulares de Jerusalem y á los jefes de los pueblos inmediatos, para que los tomasen y los pagasen bajo pena de la vida. Confieso que si no hubiese visto esta doble iniquidad con mis propios ojos, me hubiera parecido absolutamente increíble. En cuanto á los asnos y á los caballos, quedaron en poder de la tropa, porque por un convenio sin-

gular entre aquellos ladrones, los animales de pesuña hendida que se recogen en estas correrías, pertenecen al bajá, y las otras bestias son propiedad de los soldados.

Después de haber esquilma lo á Jerusalem, se retira el bajá. Mas para no pagar las guardias de la ciudad y aumentar la escolta de la caravana de la Meca, se lleva consigo los soldados, quedando solo el gobernador con una docena de esbirros, que no bastan para la policía interior y mucho menos para la del país. El año anterior al de mi viaje se vió obligado á esconderse en su casa para librarse de las partidas de ladrones que pasaban por encima de los muros de Jerusalem, y que por poco no saquearon la ciudad.

Apenas desaparece el bajá, empieza otro mal, que es efecto de su opresion. Los lugares devastados se sublevan y se atacan unos á otros para satisfacer ódios inverterados. Todas las comunicaciones se interrumpen; la agricultura perece; los paisanos van durante la noche á talar la viña y cortar el olivo de sus enemigos. Vuelve el bajá al año siguiente, exige el mismo tributo en un país cuya población se ha disminuido, y para recogerle es menester que redoble la opresion y esterminie poblaciones enteras. El desierto se estiende poco á poco; ya solo se ven de trecho en trecho unas casucas ruinosas, y á la puerta de ellas unos cementerios siempre crecientes: cada año ve perecer una cabaña y una familia, y en poco tiempo ya solo queda el cementerio para iddicar el sitio donde existia el pueblo.

Vuelto al convento á la diez de la mañana, acabé de visitar la biblioteca, en donde además del registro de los firmes de que dejo hecha mencion, encontré un manuscrito autógrafo del sábio Cuaresmio. Este manuscrito latino,

lo mismo que las obras impresas del propio autor, tiene por objeto algunas investigaciones sobre la Tierra Santa. Algunos otros legajos contenian papeles turcos y árabes relativos á los negocios del convento, cartas de la congregacion, misceláneas etc.: tambien encontré algunos tratados de los padres de la Iglesia, muchas peregrinaciones á Jerusalem, la obra del abate Mariti y el escelente viaje de Mr. Volney. El P. Clemente Perez creyó encontrar algunas ligeras inesactitudes de este último viaje; habíalas anotado en pliegos sueltos, y me hizo el obsequio de regalarme estas apuntaciones.

Vistos ya todos los objetos de Jerusalem, conocia yo el interior y exterior de aquella ciudad mejor aún de lo que conozco la poblacion y las afueras de Paris. Empecé, pues, á tratar de mi partida, y los padres de Tierra Santa quisieron hacerme un honor, que no habia pedido ni merecido; pues en consideracion á los cortos servicios que segun ellos habia hecho á la religion, me rogaron que admitiese la orden del Santo Sepulcro. Esta orden, muy antigua en la cristiandad, aun sin suponerla creada por Santa Elena, estaba en otro tiempo muy esparcida por Europa; pero en el dia ya solo se encuentra en Polonia y en España, y únicamente tiene el derecho de conferirla el padre guardian del Santo Sepulcro.

Salimos á la una del convento, y dirigiéndonos á la iglesia del Santo Sepulcro, entramos en la capilla que pertenece á los padres latinos, cuyas puertas se cerraron con el mayor cuidado, para evitar que los turcos descubriesen las armas, lo cual hubiera costado la vida á los religiosos. El guardian se revistió con los ornamentos pontificales; encendiéronse las lámparas y los cirios, y todos los hermanos que se hallaban presentes se formaron en círculo al